

En otro pasaje de esta famosa carta, interpela á Buttafoco en los siguientes términos:

«¡Qué! ¿No palpitó vuestro corazón al ver las rocas, los árboles, las casas, los lugares que fueron escenario de vuestra infancia? Vinisteis al mundo y esta tierra os mantuvo en su suelo y os alimentó con sus frutos. Al llegar á la edad de la razón, puso en vos toda su esperanza, os honró con su confianza y os dijo:—Ya ves á cuán miserable estado me ha reducido la injusticia de los hombres; apresúrate, hijo mío, vuela á Versalles, informa al gran monarca, desvanece sus sospechas y pídele auxilio.—Pues bien, ¡por un puñado de oro abusasteis de su confianza y con parricida acero le desgarrasteis las entrañas!»

El club votó con entusiasmo la impresión de esta réplica, sin preocuparse de la parcialidad y violencia de su contenido. Paoli, por su parte, aprobó la condenación de Buttafoco, pero no elogió la carta, limitándose á decirle á su benévolo apologista que no valía la pena de ocuparse de Buttafoco.

Al fin permitieron los vientos que Napoleón se embarcara con rumbo al continente, llevándose consigo á su hermanito, que apenas contaba trece años, para destinarle también al arma de artillería. No fué derechamente á Auxerre, sino que pasó por Valence, con deseo de ver á sus antiguos amigos. Al llegar á Auxerre se presentó á su coronel, enseñándole los numerosos certificados de patriotismo que las autoridades ajaccianas se habían complacido en extender á su favor. El coronel Lance recibió afablemente á Napoleón, examinó los certificados y prometió apoyar la solicitud en súplica de que se le satisficiera la paga del último mes de licencia por enfermo. Pero los compañeros realistas no le acogieron con tanta simpatía, pues sabedores del papel que había desempeñado en Córcega, le dieron pruebas ostensibles de disgusto, y cuando le excitaban demasiado, respondía con viveza y aun con ira. La circunstancia de verse solo entre todos los oficiales de la guarnición de Auxerre le parecía acrecentar la razón de persistir en sus ideas revolucionarias, y lejos de apaciguarse, proyectaba publicar su Historia de Córcega, de la que frecuentemente hablaba con el abate Raynal, llegándose de cuando en cuando hasta Besançon para tratar del caso con el editor Dodin. En espera de esta ocasión, hizo imprimir por el editor Joly, de Dôle, su carta á Buttafoco.

Había notado Napoleón con suma complacencia que el paisanaje era favorable á las ideas revolucionarias y que comprendía bastante bien la importancia de los sucesos que estaban acaeciendo. Seguía carteándose con el abate Fesch acerca de su vida, estudios é intenciones, y á propósito del ánimo de las gentes entre que habitaba, le decía en una de sus cartas: «Me complazco en escribiros desde la choza de un pobre, después de platicar mucho rato con estas buenas gentes... Son las cuatro de la tarde, ha refrescado la temperatura y es casi tibia. Me he distraído paseando. No nieva aún, pero está cerca la nieve. Por doquiera he encontrado labriegos gallardamente apoyados en los estribos, sobre todo en el Delfinado. Todos están resueltos á morir por la Constitución.»

No se recataba de confesar sus ideas en el seno de la sociedad ardientemente realista en que vivía, si bien los debates suscitados en los salones de Auxerre acerca de este punto, nunca tomaron rasgos enojosos. Por entonces ascendió á primer teniente, con destino al cuarto regimiento de artillería, de guarnición en Valence; pero como en Auxerre podía estudiar con más aprovechamiento que en la Escuela de Valence, solicitó del ministro de la Guerra la continuación en su destino de Auxerre. Sin embargo, el decreto estaba ya firmado y no tuvo más remedio que trasladarse á Valence en disposición de reanudar sus antiguas relaciones, volviendo á hospedarse en casa de la familia Bou. Encontró al cura Marbes, que había sido elegido obispo después de prestar juramento civil y que más adelante, cuando Napoleón ceñía la corona imperial, logró el cargo de consejero de la prefectura de Valence. En esta ciudad conoció Napoleón á dos hombres que continuaron gozando de su amistad en todas circunstancias. Era uno el comisario de Guerra, Sucey, muy inteligente, sagaz y apto, como lo demostró vaticinando el porvenir de Napoleón cuando éste sólo era primer teniente de artillería. Sucey fué á Egipto en calidad de ordenador general de administración, y al hablar de Bonaparte decía: «No hay para él más términos que el trono ó el cadalso.» El otro amigo, Buchassout de Montalivet, fué ministro del Interior en 1809, y encargado como tal de vigilar las agitaciones realistas, tuvo cierto día un altercado con el emperador, quien en un momento de enojo le dijo: «Sólo el hablar de elló es cobardía.» Montalivet molesto dimi-

tió la cartera y se retiró. Poco después, un chambelán fué á visitarle para decirle que «el emperador suplicaba á su amigo Montalivet que fuese á verle.» Montalivet entró en el despacho de Napoleón, quien, adelantándose á su encuentro, le dijo: «¿No es verdad que habéis ya olvidado lo ocurrido?»

Aumentaba la efervescencia revolucionaria y la nación entera estaba en plena turbulencia, repercutiendo la gravedad de los sucesos en todas las clases de la sociedad. Muchísimos oficiales emigraban para alistarse en los ejércitos organizados por los príncipes realistas, que acampaban allende la frontera; pero en el regimiento de Napoleón emigraron muy pocos oficiales, pues en su mayor número eran socios del club denominado *Los Amigos de la Constitución*, frecuentado por Bonaparte. Mas aunque admitían el tránsito del régimen absolutista al constitucional, les asustaba la rapidez de los acontecimientos y les sorprendía la audacia que demostraba Napoleón en sus discursos y proclamas, rebosantes de entusiasmo patriótico. Porque el joven primer teniente aceptaba la revolución con todas sus consecuencias. En aquel entonces no se pronunciaba aún en voz alta la palabra *república*, que parecía utópica no obstante el grave detrimento del poder real. En cartas á su familia, expresaba Bonaparte de este modo la impresión que le producía la lectura de los debates de la Convención: «He leído todos los discursos de los oradores monárquicos y me han parecido esfuerzos titánicos en pro de una mala causa. Divagan entre afirmaciones que no prueban, y si hubiese tenido alguna duda, con la lectura de estos discursos la disipara de seguro. Dicen que veinticinco millones de habitantes no pueden vivir en república, pues faltan costumbres á propósito, por lo que conviene á la nación tener un centro que una á sus habitantes. Esto me parece impolítico.»

La intensa agitación promovida por los estupendos acontecimientos que iban sucediéndose, no distraía á Bonaparte de continuar sus estudios. Leyó mucho y de todo género, pues acostumbraba por temperamento á no desdeñar nada y tenía poderosa facultad de asimilación. Por sus manos y ojos pasaron en poco tiempo el *Viaje* de Core, las *Memorias secretas* de Dubos, libros de historia y tratados de gramática, pues se había empeñado en conocer á fondo la lengua francesa. Empleó entonces todas sus energías mentales en componer un discurs-

so sobre la felicidad, que ya maduraba desde su última estancia en Córcega. La Academia de Lyon había abierto un concurso para otorgar el premio instituido por el abate Raynal sobre el tema: *¿Qué verdades y sentimientos son más necesarios para la felicidad del hombre?* A pesar de la naturaleza puramente filosófica del asunto, incitó la actividad de Napoleón, á quien por igual le interesaban las ciencias al parecer más opuestas á su profesión. El mismo abate Raynal le estimuló á tomar parte en el concurso, diciéndole que lo aprendido de su boca, bastaba para asegurar la obtención del premio de mil doscientos francos. Además, disponía de sobrado tiempo para preparar el discurso y meditarlo seriamente. Napoleón leyó al efecto el tratado de Rousseau sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres, no sólo para libar ideas adecuadas al desarrollo del tema, sino también para estudiar la estructura del trabajo del filósofo ginebrino, que en parecidas circunstancias lo compuso con propósito de presentarlo á la Academia de Dijon, que se lo premió. Pero si le convino aprovecharse de algunas ideas del discurso de Rousseau por estar de acuerdo con ellas, encontró en cambio algunos pasajes que no obtuvieron su asentimiento, pues aunque tomaba lo bueno de doquiera lo hallaba, tenía acerca de muchos puntos opiniones personales, en discrepancia con las ideas de los grandes pensadores de la época. Puso Napoleón mano á la pluma para escribir el trabajo, cuyo nudo dialéctico era el siguiente: «El hombre ha nacido para ser feliz, mediante la adaptación á sus necesidades naturales, y, por lo tanto, se ha de alimentar bien, vivir cómodamente y saber sentir y razonar. Asimismo debe inspirarse en los sentimientos de la naturaleza y hermanar la razón con el sentimiento.»

Pero el discurso es curioso, no precisamente por el tema, sino por los incisos que trazan el carácter de Napoleón en aquella época. A veces se aparta del tema para encaramarse á elucubraciones de su gusto y habla de Córcega, de Paoli, de Rousseau y del abate Raynal. En resumen: escribió un discurso no muy bien redactado, pues á causa de su origen, distaba de dominar el francés. Así fué que no obtuvo el premio, y sin embargo imprimió el discurso, en consideración á haber expuesto en él sus ideas sociales, que abarcaba con tanta delectación mental como las cuestiones secundarias de su profesión y de su familia.



Garganta de Vizzavona, cruzada por el ferrocarril de vía estrecha que, pasando por Corte, conduce de Ajaccio á Bastia, atravesando la isla de SO. á NE.

## CAPÍTULO VIII

### EL COMANDANTE DE LA MILICIA NACIONAL

Vivamente ansiaba Napoleón restituirse á Córcega, llamado por las siempre en él vivas atenciones de la familia. Además, acababa de saber que, por decreto de 12 de Agosto de 1791, se ordenaba la organización de cuatro batallones de milicianos en el departamento de Córcega. No se puede asegurar si al enterarse Napoleón de esta noticia le asaltó la idea de intervenir activamente en los asuntos de la isla como comandante de la milicia nacional ó si tuvo este deseo luego de estar ya nuevamente en su patria; pero lo cierto es que no vaciló en solicitar seis meses de licencia, que el coronel de su regimiento, M. Campagnol, le negó en redondo, pretextando inminencias de guerra, aparte de haber obtenido anteriormente mayor número de licencias del que por ordenanza le correspondía. Sin embargo, el ardiente deseo que Napoleón tenía de volver á Córcega le decidió á dirigirse personalmente al barón du Oeil, inspector general de artillería, ex

director de la Escuela de Auxerre, quien siempre le había demostrado paternal afecto. No le engañaron sus presunciones. El barón du Oeil estaba entonces en su castillo de Pommier, y allá se fué Bonaparte con ocho días de permiso, logrando, tras favorable acogida, una licencia de tres meses con toda la paga. Mientras estuvo Napoleón en Pommier mereció que du Oeil gustase de platicar con él y que, al verle partir, dijese á sus intimos: «Es hombre de grandes recursos que irá en lenguas de las gentes.»

Por Septiembre ya estaba en Ajaccio con su hermano Luis, á quien se había llevado consigo; pero como iban á efectuarse elecciones legislativas en Corte, allá se encaminó Napoleón, aunque vióse precisado á regresar inmediatamente porque el tío Luciano, jefe de la familia, cayó enfermo de muerte. Napoleón le asistió. Dicese que el moribundo, no obstante su carácter sacerdotal, rehusó los auxilios religiosos que le ofrecía el abate Fesch y ocupó sus últimos momentos en aconsejar á la familia que, en toda circunstancia, tomara y siguiera el parecer de Napoleón, por más que no fuese el primogénito. El tío Luciano, poco antes de morir, le dijo á Leticia: — «José está metido en política, y si interviene en los asuntos del país, también podrá dirigir los de la familia, pero que tome consejo de Napoleón, que llegará á ser un grande hombre.»

Además de estos consejos, dejó el tío Luciano una modesta fortuna, amasada con el ahorro diario. Napoleón y José se pusieron de acuerdo sobre el empleo que le darían, y determinaron emplear parte en la compra de fincas, para acrecentar el patrimonio de la familia, presumiendo razonablemente cumplir de este modo la voluntad implícita del difunto.

Pronto iban á preocupar otros asuntos á los dos hermanos. José anhelaba más que nunca representar á Córcega en la Convención, cuyos diputados iban á elegirse en todos los departamentos. Napoleón había dicho á sus amigos de Valence que su hermano tenía la legítima ambición de ser diputado. Ambos seguían en las filas paolistas y contaban con el apoyo del gran patricio, que era de absoluta necesidad por su abrumador prestigio en toda la isla. Las elecciones debían efectuarse del 13 al 30 de Septiembre, siendo de 6 el número de diputados y 346 el de compromisarios, que habían de reunirse en Corte.